

El consejo de los nobles de Cempoala fué el que aceptó Cortés. Deseaba vivamente entrar en relaciones amistosas con los tlaxcaltecas, acariciando la idea de que si lograba la alianza de ellos, el triunfo sobre Moctezuma era indefectible.

Tomada esta determinación, Hernan Cortés pidió al cacique que le diese veinte nobles guerreros para que le acompañasen, y al siguiente día, muy de mañana, salió de Xocotla el ejército, bien apercebido para cualquier lance de guerra que se presentase.

La marcha se emprendió por un delicioso y pintoresco valle cubierto de campos cultivados, regado por un estrecho río de límpidas aguas, orillado de graciosas y blanqueadas casas. Eran una sucesión de pueblos eslabonados, por decirlo así, unos á otros, que formaban el pequeño pero poblado señorío de uno de los dos caciques que habian ido á obsequiar á Cortés con su modesto pero afectuoso presente. Ocupaba el pintoresco estado una extensión de cuatro leguas, habitado por gente robusta y laboriosa, dedicada al cultivo de la feraz campiña. La ciudad en que residia el cacique, se levantaba sobre la cumbre de un empinado cerro, dominando el delicioso valle que se extendia á sus piés como un inmenso salón alfombrado de fragantes flores. Su posición, á la vez que pintoresca, era ventajosa y temible en caso de verse en la necesidad de atacarla. Veíase rodeada de una sólida muralla de piedra, barbacanas y fosos, como pudiera estar defendida—dice Hernan Cortés—«la mejor fortaleza que hay en la mitad de España» (1). Seis mil habitantes, diestros todos

(1) «Y en un cerro muy alto está la casa del señor, con la mejor fortaleza

en el manejo de las armas como lo eran en las labores del campo, residian en la formidable ciudad, cuyos sólidos edificios de cal y piedra podian convertirse en otros tantos castillos en caso de defensa.

Aquellas formidables obras de fortificación, que hacian de la ciudad una plaza fuerte, habian sido construidas por imperiosa necesidad. El valle era feudatario de la corona de Méjico, y hallándose la ciudad junto á los términos de la guerrera república de Tlaxcala, se hallaba mas expuesta que ninguna otra á las invasiones de los tlaxcaltecas, enemigos implacables de los mejicanos.

Los españoles se iban aproximando á la ciudad con el mismo orden de precaución con que siempre caminaban para no ser sorprendidos. «Tan apercebidos—dice Bernal Diaz—así de día como de noche, que si diesen al arma diez veces, en aquel punto nos hallarian muy puestos, calzados nuestros alpargates, y las espadas y rodela y lanzas puesto todo muy á mano».

Pero no fué necesario hacer uso de las destructoras armas. El cacique, prendado del afectuoso trato manifestado por Cortés al visitarle en Xocotla, le recibió con las demostraciones de una sincera amistad, y colocó á la tropa en limpios y espaciosos alojamientos, donde fueron asistidos con cuidadoso esmero.

Aquí volvieron á aconsejar á Cortés los nobles que habian salido acompañándole de Xocotla, que tomase el camino de Cholula; pero prevaleció en su ánimo el de los

que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro y barbacana y cavas.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

cempoaltecas, pues las relaciones amistosas que siempre habian existido entre el pueblo totonaco y tlaxcalteca, juzgaba como un magnífico precedente para ser bien recibido por sus valientes habitantes. El jefe español no dudaba alcanzar, por medio de los nobles totonacos que le acompañaban, la franca amistad de la república enemiga de Méjico, y conseguir, atrayéndola á su lado, la realizacion de la grande empresa que habia comenzado bajo los mas felices auspicios. Lleno de fé en el buen éxito de la idea, resolvió enviar una embajada al senado tlaxcalteca, solicitando el paso por su república para dirigirse á la corte de Moctezuma. Eligió para desempeñar la importante comision, á cuatro de los principales nobles cempoaltecas, á quienes, por medio de Marina y de Gerónimo de Aguilar, instruyó en lo que habian de hacer y decir al presentarse á los gobernantes de la nacion. Los jefes totonacos admitieron con gusto la mision, ofreciéndose á servir lealmente. Cortés les entregó entonces un regalo militar, compuesto de una lanza, una ballesta y una gorra vedijuda de Flandes, colorada, que estaba en moda entre los oficiales del ejército español (1). Les encargó que dijese al senado, que de aquella manera les manifestaba el aprecio que hacia de la fama guerrera conquistada por los hijos de la república, y les dió al mismo tiempo una carta para que la pusieran en manos de los referidos gobernantes, en la cual pedia permiso para pasar por su territorio á conferenciar con el emperador de Méjico en su corte.

(1) «Un chapeo vedejudo de Flandes, colorado, que se usaban entonces.»  
—Bernal Diaz.

Bien sabia el jefe español que la carta no seria entendida por el senado; pero la enviaba, como dice Bernal Diaz, para que «viendo el papel diferenciado de lo suyo, conocieran que era de mensajería». Estaba informado de que los escritos jeroglíficos formaban las credenciales de los embajadores de las diversas naciones del Anáhuac, y quiso con aquella credencial de signos misteriosos para los tlaxcaltecas, inspirar una idea elevada de la capacidad y saber de los que llegaban del otro lado de los mares.

Los embajadores cempoaltecas se dirigieron inmediatamente á Tlaxcala, donde fueron recibidos con el afecto de amistad que se profesaban ambos pueblos.

Estaba gobernada en aquellos momentos la república por un senado, compuesto de cuatro personajes de la nobleza. Componian el senado el anciano *Jicotencatl*, señor del cuartel de *Tizatlan*, *Maxixcatzin*, señor de Ocotelolco, respetable por su prudencia y saber, y otros dos individuos de no menos importancia y respetados por la nacion (1).

Presentados los enviados de Cortés ante el senado, expuso el que hacia cabeza en la embajada, los servicios que los españoles habian prestado á los pueblos totonacos, librándoles del yugo de Moctezuma, y la noble intencion que les guiaba al brindar á los tlaxcaltecas con su amistad. Ponderó la consideracion y afabilidad usada con los habitantes de los señoríos por donde habian atravesado; la velocidad de los caballos que montaban, el estrago de sus

(1) Estos dos senadores eran *Tlehuezolotzin*, señor de *Tepecticp*, y *Citlalpopocatzin*, señor de *Quiahuiztlan*.

armas y la resistencia y valor de sus soldados. Añadió que en nombre de la nacion totonaca, que siempre habia conservado estrecha amistad con la tlaxcalteca, suplicaba al senado que recibiese afectuosamente á los extranjeros, como á leales amigos; y terminó diciendo que, siendo el objeto de los españoles derrocar el imperio de Moctezuma, todas las naciones enemigas de éste ó supeditadas á su fuerza, debian interesarse en el buen éxito de la empresa.

Expuesta la embajada, contestó uno de los senadores, en términos satisfactorios. Dijo que la opinion manifestada por los amigos constantes de los tlaxcaltecas y contrarios acérrimos de Moctezuma, era digna de tenerse en consideracion; pero que para poder resolver lo mas conveniente á la república, era preciso tratar el asunto reservadamente. Los embajadores se retiraron entonces del salon, y se dirigieron á un vasto edificio situado en el punto principal de la ciudad, donde les dispusieron un magnífico alojamiento.

El senado, al quedar solo, entró en consejo para deliberar detenida y acertadamente sobre la contestacion que debia darse á la embajada.

El asunto era de la mas alta importancia. La fama de las victorias alcanzadas por los españoles en Tabasco, se habia extendido rápidamente por todos los pueblos situados en aquella vasta y deliciosa region del Nuevo Mundo. Los tlaxcaltecas, como guerreros y valientes que eran, apreciaban á los hombres que poseian en alto grado el valor, que para ellos era una de las virtudes mas estimables. Habian escuchado con asombro las hazañas de los extraordinarios extranjeros, y anhelaban conocerlos. La noticia de su aproximacion no les inquietó, pues

si llegaban como amigos, los recibirian con la lealtad con que un valiente recibe á otro valiente; y si como contrarios, se creian con sobrado esfuerzo para triunfar de su corto número, por diestros que fuesen en el arte de la guerra y por ventajosas que fuesen sus armas.

El primero que tomó la palabra, fué el senador Maxixcatzin, hombre de sentimientos nobles y generosos, no menos respetado por su prudencia, como por su patriotismo y saber. El orador empezó por el punto religioso que se relacionaba con la llegada de los extranjeros. Dijo que anunciado estaba por sus dioses la venida de unos hombres blancos, barbados, valientes y extraordinarios, á quienes se encargaria el gobierno de toda la tierra; que los heroicos hechos de los españoles en Tabasco, su afabilidad con los habitantes de los países amigos por donde pasaban, y su benignidad y amor con los vencidos, revelaban de una manera indubitable á los prometidos por sus divinidades. «No debemos, pues, rechazar lo que las profecías nos mandan acatar:—añadió.—No recibirles, cuando vienen solicitando nuestra amistad, seria oponernos á la voluntad del cielo: luchar contra ellos, por valientes que nuestros hombres sean, temeridad; porque no será un combate contra seres humanos, sino contra los decretos de nuestras divinidades». Siguió diciendo que la caballerosidad de que siempre habia dado pruebas el pueblo tlaxcalteca, exigia que no se rehusase jamás la hospitalidad á los forasteros que llegaban, no en son de guerra, sino solicitando fraternal acogida y libre paso para continuar su viaje. El noble senador terminó su discurso manifestando que, segun su opinion, se debia recibir á los extranjeros amistosamente.

Las palabras del elocuente orador fueron recibidas con extraordinario aplauso, como que estaban de acuerdo con los sentimientos de aquel pueblo religioso, valiente y generoso. Aun no acababan las demostraciones de aprobacion, cuando levantándose otro senador de su asiento, pidió la palabra.

Un silencio profundo reinó inmediatamente en el salon. El hombre que iba á hablar era de no menos valía que el que le habia precedido en el uso de la palabra, y de grande autoridad en el senado, por su experiencia en los negocios civiles y militares. Se llamaba Jicotencatl, y se hallaba casi ciego á causa de lo avanzado de su edad. Tenia mas de cien años; pero si el tiempo habia cubierto de nieve su cabeza, su corazon alentaba aun con todo el fuego de la juventud. Semejante á los gigantescos volcanes de las regiones en que vivia, ocultaba bajo la blancura de su nevada cabeza, la ardiente lava de su inextinguible patriotismo. El respetable senador expuso que, aunque respetaba, como todos, las profecías, no creia que los españoles eran los anunciados en ellas. Sostuvo esta opinion poniendo de relieve la conducta observada por los castellanos, derribando los altares, blasfemando de los dioses y profanando los templos de sus ídolos. «Cierto es—agregó—que las sabias leyes que rigen en nuestra república, disponen que se reciba con benignidad á los forasteros; pero debe, sin duda, excluirse de ellas á los que miran nuestra religion con menosprecio y odio. Se hace mérito de su valor porque han vencido á los de Tabasco; pero hazañas no menos importantes cuentan los ejércitos tlaxcaltecas que han sostenido su independenciam luchando heróicamente contra

naciones poderosas. Se nos dice que vienen como amigos; pero los regalos recibidos por ellos del emperador de Méjico; las embajadas por éste enviadas, y el verlos venir acompañados de muchos nobles que se hallan al servicio del imperio, me dan motivo para creer que, bajo la apariencia de amistad, esconden el pensamiento de entregarnos al poder de los mejicanos. La prudencia, como se ve, aconseja que no les admitamos. Rehusemos, pues, sus proposiciones; y si obstinados en llevar adelante su idea, osasen penetrar en el territorio tlaxcalteca, arrojémosles de él con las armas, haciendo que dejen enrojecido con su sangre el suelo que osaran profanar» (1).

El discurso de Jicotencatl fué acogido con entusiasmo por los nobles guerreros que anhelaban medir sus armas con los hombres cuyas hazañas habian escuchado ponderar; pero encontró oposicion en los que juzgaban que no habia necesidad de apelar á la guerra, siempre perjudicial al comercio y á la industria.

Temiloltecatl, que era otro de los senadores, propuso entonces un medio que conciliase las opiniones encontradas de los dos oradores que le habian precedido en el uso de la palabra. Opinó por que se diese á los embajadores totonacos, enviados por Cortés, una respuesta satisfactoria, permitiéndoles el paso que el jefe español solicitaba; pero que se enviase al mismo tiempo al general Jicotencatl, hijo del anciano senador, y jóven de

(1) Solís, equivocando al anciano senador Jicotencatl, con su hijo el general, pone en boca del último un notable discurso, modelo de oratoria, como casi todos los que trae en su obra el expresado historiador.

un valor extraordinario, para que con un ejército numeroso de tlaxcaltecas y otomies, le saliese al encuentro, midiendo con él sus armas. «Si el éxito es favorable, habremos alcanzado una gloria que nos hará respetables en todas las naciones de Anáhuac: si es adverso, podremos disculparnos, manifestando al general castellano que la guerra se le hizo sin nuestra autorizacion.»

La proposicion del sagaz Temiloltecatl fué aceptada con aplauso general, como lo mas conveniente, puesto que quitaba toda responsabilidad á la nacion, arrojándola únicamente sobre una fuerza del ejército. No era el medio propuesto el mas de acuerdo con los sentimientos caballerescos y de lealtad que distinguian á la nacion tlaxcalteca; pero sus hombres políticos, haciendo á un lado la caballeridad para atender á los resultados que anhelaban, abrazaron la proposicion como medida conveniente. La conducta del senado no debe sorprendernos, cuando vemos á muchas naciones cultas valerse, en pleno siglo XIX, de medios no mas leales en la política que observan con las otras. Sin embargo, disculpable era en una nacion india que daba los primeros pasos en la civilizacion, lo que no puede admitirse en las que blasonan de adelantadas, puesto que no puede disculpar la política, el dolo cometido, faltando á la buena fé que recíprocamente deben guardarse todos los hombres.

Admitida por el senado la proposicion, se nombró inmediatamente al jóven Jicotencatl, general en jefe de las tropas que debian oponerse al paso de Cortés, pero sin manifestar á los mensajeros cempoaltecas la resolu-

cion tomada, con el fin de ganar tiempo. Para conseguir su detencion por el tiempo necesario, sin que sospechasen el plan proyectado, se les dijo que el consejo habia dispuesto darles la contestacion despues de una fiesta en que se ofrecian á sus dioses víctimas humanas, y que debia celebrarse dentro de dos dias.

El jóven Jicotencatl, intrépido guerrero, lleno de ambicion de gloria militar, y anhelante de medir sus armas con las del bravo general español, cuyas hazañas habia escuchado ponderar con verdadero placer, reunió un respetable cuerpo de tropas tlaxcaltecas y otomies para marchar hácia la gran muralla. La idea de próximos combates exaltó el espíritu guerrero de aquella nacion belicosa, jamás vencida por los ejércitos de Moctezuma, y los bravos batallones se dirigieron, con su valiente general á la cabeza, al encuentro de los afamados extranjeros.